

SUMARIO.

Educacion moral de la juventud, por Enriqueta Courbis. — Un rayo de luz, poesia, por M. Antonio Benavides. — Adios, poesia, por M. Antonio Benavides. — Amor de una chola, por Manuel Concha. — Adios, poesia, por Indalicio 2.º Diaz. — En la playa, poesia, por Daniel Caldera. — Charada, por Crosat. — Una heroína sanfelipeña, por Indalicio 2.º Diaz. — Folletin: Los Ermitaños del Haaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion). — Amor despues de la muerte. — Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

EDUCACION MORAL DE LA JUVENTUD.

Al tratar de un asunto de tanta importancia como es esta parte esencial de la instruccion, siento grandemente no tener aquella persuasiva elocuencia e ingenio para encomiar debidamente su necesidad. Mas, apesar de todo, i reconociendo mi impotencia, permitidme os dirija algunas palabras i disculpad mi temerario arrojé al hablar de tan delicada materia.

A vosotras, pues, honorables madres de familia, me dirijo; pues que sois el ángel tutelador de la inocencia i el digno artífice que debe formar moralmente el corazon de sus tiernos hijos. ¡Sublime mision que os encomendó el Supremo Hacedor!

Mas ¡ai! si descuidais tan noble deber. ¿Habéis pensado seriamente qué sucederá? A medida que vuestros pequeñuelos crezcan materialmente, las espinas de las pasiones que circundan su corazon a consecuencia de nuestro desgraciado oríjen se desarrollarán tambien i le estrecharán hasta ahogar en él la virtud, los buenos sentimientos; i por último, le desgarrarán cruelmente. ¡Animo, pues, i arracad valerosamente i con vuestro amor de madre esas espinas que, a traves de la sencillez infantil se dejan ver, no solapadas aun por la ficcion; arracadlas, sí, os digo, i plantad en su lugar hermosas flores de virtudes que perfumen suavemente el hogar doméstico i sean el dulce solaz de su alma en todas las adversidades de la vida!

Vijilad constantemente las pasioncillas que se despiertan en el alma de esos seres queridos que os confió el Padre comun i enderezadlas desde temprano: el árbol que crece bajo el cuidado del hábil hortelano medrará en breve i fácilmente lo enderezará si no fuere recto.

I ¿desde cuándo debe comenzar esta educacion moral de los hijos? En cuanto fuere posible desde la cuna i con tanto o mayor esme-

ro i prudencia como les proporcionais el conveniente alimento para su desarrollo material. ¿No habeis notado que cuando acariciáis a uno de vuestros pequeñitos, el otro regaña i llora? No fomentéis, pues, con vuestra aprobacion esa tierna pasion de envidia que ya aparece; enseñadle suavemente a regocijarse del bien de su hermano, i cuando esto hayais logrado, premiad placenteras sus primeros triunfos con dulces caricias.

¡Oh, dignas madres de familia! formad el corazon de vuestros hijos en la sólida piedad, en la práctica de las virtudes morales i sociales i habreis hecho un bien inapreciable; con esto habreis preparado convenientemente su corazon para la ruda lucha que ha de trabar consigo mismo por el cumplimiento del deber i contra el pernicioso ejemplo de los que se han dejado arrastrar de la corriente de las pasiones; i si sucumbe en ella no desmayeis aun, confiad en que no será por mucho tiempo juguete de sus olas, que pasada la tormenta borrascosa, cuando el vacío que encuentre en el alma le haga reflexionar, verá con siempre igual lucidez la antorcha de los principios morales i relijiosos que supisteis inculcar en su jóven intelijencia i que lo guió en sus primeros pasos; i pronto, ansiando por aquella paz indescribible de que ántes disfrutaba, seguirá su benéfica luz.

¡Qué consuelo entónces para una madre que lo cifra en la felicidad de los suyos!

Nó; no es perdido el anhelo con que solícitas vijilais e instruis a vuestros hijos: ellos mismos serán vuestra corona i recompensa.

ENRIQUETA COURBIS.

UN RAYO DE LUZ.

I.

“Todo pasa, un anciano me decia
Con moribunda voz;
Alegre juventud, glorias, amores,
Vanas quimeras de la mente son.

“Todo ese bello i celestial enjambre
De candorosa fé,
¡Ai! viene a desgarrar con su presencia
La ríjida vision de la vejez.

“Cuando colora la primera cana
Comienza a declinar
El árbol misterioso de la vida,
Del alma el loco, soñador afan.

“Débil entónces, caminando apénas,
A cuestras con la cruz,
Ya no queda otro alivio, otra esperanza,
Que ese sueño sin fin del ataud.”

Calló el anciano; su postrer lamento
De hinojos escuché;
Mis lágrimas regaron su semblante;
“Todo es mentira” dije yo también.

II.

Era mui niño, comprender no pude
Entónces la verdad;
Víctima fuí de su experiencia amarga
Por cuyas simas me dejé llevar.

Botó en mi pecho del amor la esencia,
Amó mi corazón;
Un hijo tuve i comprendí al momento
Que el viejo moribundo me engañó.

Santiago, enero de 1876.

M. ANTONIO BENAVIDES.

ADIOS.

I.

¡Adios! ya se aleja
Mi débil barquilla,
Sus velas inflando
La gárrula brisa.

¡Adios! ya me apartan
De tí, madre mia,
Con ímpetu ciego
Las olas bravías.

Hermosas praderas,
Fragantes campiñas,
Que fueron un tiempo
Mi encanto, mi dicha;

¡Adios! que la suerte
Voluble i esquiva
A playas remotas
La nave encamina.

Adios, puro cielo,
Risueñas orillas,
Que vieron mi cuna
Mecerse tranquila.

Amores, encantos,
Mi patria querida,
Mi madre del alma
Quedad en la orilla.

II.

Mañana cruzando
La nave mezquina
Del mar las rejiones
Sin rumbo ni guía;

Cual rauda centella
Que va fujitiva
Salvando las nubes
Del viento impelida;

Cual vago quejido,
Cual débil arista
Que lleva en sus alas
Tormenta bravía;

¿Quién ¡ai! del viajero
Querrá compasiva,
Curar de la ausencia
Las hondas heridas,

Si en noche perpétua
Mi ardiente pupila,
Las playas del norte
Desiertas divisa? . . .

Amores, encantos,
Mi patria querida,
Mi madre del alma
Quedad en la orilla.

III.

Cubierto está el cielo
De nubes sombrías,
Cual ¡ai! de amarguras
Está el alma mia.

Las trémulas olas
Que el céfiro ajita,
Meciendo mi barca
Connigo suspiran.

La errante gaviota,
La nube sencilla
Que cruza el espacio
Me llenan de envidia;

I al verlas veloces
Que rápidas jiran

Con rumbo a mis lares
Perderse de vista,

Siento ¡ai! de mi pecho
Romperse las fibras.
¡Adios para siempre
Venturas i dichas!

Amores, encantos,
Mi patria querida,
Mi madre del alma
Quedad en la orilla.

Santiago, enero de 1876.

M. ANTONIO BENAVIDES.

AMOR DE UNA CHOLA.

(Histórico.)

I.

El año 1867 viajaba el que escribe estas líneas por el interior del departamento de Junín, en la república peruana, por esa espléndida i encantadora rejion denominada la Montaña.

En el espacio comprendido entre Monobamba i Vito, existe un precipicio inmenso, cortado verticalmente en el flanco de un monte, i cuya profundidad no medirá ménos de quinientos metros.

En el fondo de tan asombrosa sima se desliza un rio por un lecho escabroso de piedras, cuyas afiladas cabezas aparecen a la superficie.

A la entrada del angosto sendero, formado por el abismo, se ven dos cruces toscas, alzadas sobre una misma peana de piedra.

Esas cruces tienen su historia; i tal como me la refirió mi guía don Manuel Monte Blanco, voi a contársola yo.

II.

Hace treinta años, mas o ménos, vivia aquí, en la falda del cerro, en una choza de caña brava, una pobre familia de cholos.

Componíase de los padres i de una hija de veinte años de edad, pero hermosa i bien formada, como una verdadera descendiente de los hijos del sol.

Huachin era morena como lo son las mujeres de su raza sin mezcla; tenia ojos pardos,

hermosos i de un mirar lánguido e irresistible.

Su cuerpo era flexible como los bejucos i lianas del bosque, i la "cotona" ceñida a su cuerpo hacia mas visible tan seductores encantos.

Sus piés, diminutos i desnudos, reposando sobre una sandalia de cuero basto llamada "llanquee" habrian causado la desesperacion de una coqueta limeña.

Tenia una cabellera negra como la pluma del tucano o "dios-te-dé," i sedosa como el musgo que cubre los troncos de los árboles de la montaña.

Huachin vivia tranquila.

Sus padres entlaban mazúa, yuca, maiz i de cuando en cuando partian para Jauja o Cerro de Pasco a vender exquisitas piñas, naranjas, paltas, vainilla i pucherí.

Huachin quedaba entónces al cargo del hogar doméstico.

Entre las cholas se la tenia un respeto supersticioso, ocasionado por la circunstancia siguiente:

Huachin, despues de haber hecho una larga jornada para buscar granos de "guaijur" que forman los adornos del cholo, rendida se echó sobre la yerba i pronto quedó dormida.

A poco, una serpiente "coral," uno de los reptiles mas temibles, se deslizó sobre la jóven i enroscándose pareció dormirse tranquila al abrigo de su seno.

Sus compañeras huyeron espantadas, procurando no gritar, para no alarmar al feroz reptil, lo que habria ocasionado la muerte inevitable de la bella Huachin.

La serpiente a poco se retiró i Huachin despertó sin tener el menor conocimiento del peligro que habia corrido.

Las cholas son supersticiosas, i esta circunstancia fué mas que suficiente para que miraran a Huachin como a un sér sobrenatural.

III.

Una ocasion que estaba sola en su choza, pues sus padres habian marchado a Pasco, pasó por allí un jóven teniente que iba de guarnicion a Chanchamayo, fuerte que el gobierno sostiene para contener los avances de los "Chunchos," indios salvajes del interior de la montaña.

Huachin, al lado de la vereda que forma el camino, se ocupaba en peinar su abundante i negra cabellera a la orilla de un arroyo.

El teniente, deslumbrado al ver tan seductora jóven, detuvo su mula i pidió permiso para descansar.

Una sonrisa que le mostró nuevos atractivos en dos hilos de perlas, le dió a conocer que su solicitud era admitida con gusta.

Algunos dias permaneció en la cabaña el teniente.

Habia concebido por Huachin un amor violento.

Pero la jóven permanecía inflexible.

—Adios, Huachin, la dijo un dia el teniente, me voi para siempre.

—¿Volverás algun dia?

—¿I con qué objeto? Tú no me amas.

I picó los hijares de la mula.

La chola quedó triste i pensativa por un momento; despues, subiendo a una eminencia, gritó:

—¡Sámui! ¡Sámui! (Ven).

El teniente regresó, i al desmontarse estrechó contra su pecho a Huachin.

—No te irás de aquí, le decia la chola, yo i mis padres te amaremos mucho, ¿no es verdad? ¡Soi tan feliz contigo! . . . Cuando te alejes de mí llevaré siempre "Miclla" (traje de luto) hasta morir.

—Te amaré siempre, Huachin; pero me es imposible permanecer por mas tiempo aquí; debo partir para Chanchamayo; en seguida vendré a vivir contigo, ¡te lo juro!

Los ojos de Huachin despidieron una sinistra claridad, i dijo despues con sombría voz:

—Parte, pues, pero cumple tu palabra.

El teniente partió.

IV.

Ha trascurrido un año.

Huachin, desesperada, recorre los bosques como buscando un lugar, que nunca encuentra, que calme su dolor.

Muchas compañeras la siguen a la distancia, temiendo que sea presa de las fieras i reptiles del bosque.

Una vez se encaminó a Chanchamayo.

Despues de algunos esfuerzos pudo verse con el teniente.

—Has faltado a tu juramento, le dijo, i ha sido preciso que yo venga a buscarte.

—Huachin, tú me acriminas porque ignoras que me ha sido imposible abandonar el fuerte.

—Te perdono. He venido a hacerte feliz. Uds. los blancos son felices con el oro, i yo he encontrado un depósito de este metal que es inagotable.

—¿Qué dices?

I de los ojos del teniente brotó una mirada de codicia que no se escapó a la perspicacia de la chola.

—Es una riqueza inmensa; yo no necesito oro, lo único que yo ambiciono es tu amor.

—Sí, lo tienes, Huachin, lo tienes; pero ¿dónde, dónde está esa riqueza?

La chola se sonrió imperceptiblemente i respondió:

—Ven conmigo.

La aurora tenía de ténue rosa la atmósfera cuando el teniente i Huachin llegaban a la choza.

El hogar estaba apagado.

Hacia un frio mui grande.

—Espera, dijo Huachin, voi a darte algo caliente para que disipes el frio.

Calentó agua, la vertió en una escudilla, agregó un puñado de coca i un poco de chancaca.

En seguida sacó una sustancia viscosa de un cañuto de caña, i la vertió en la taza.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, i su cuerpo se estremeció.

—Toma, dijo al teniente.

I volvió la cabeza como para no ver alguna cosa terrible.

—¡No bebas! gritó en seguida.

Mas era ya tarde.

El teniente habia bebido un sorbo i acto contínuo habia quedado muerto.

El "curare" es el veneno mas activo que se conoce.

Huachin estrechó entre sus brazos el inanimado cuerpo del jóven, besó su rostro con locura i despues se dijo:

—¡Bien, ahora será mio para siempre!

Su rostro habia tomado un aspecto feroz.

Arrastró el cadáver al borde del precipicio, entrelazó sus brazos en el cuerpo del teniente, sus rostros se juntaron i ámbos desaparecieron en el abismo.

MANUEL CONCHA.

¡ ADIOS !

(IMITACION.)

Parto, niña, de tu lado

I cual pobre desterrado

Hoi me separo de tí.

I consuelo

Pido al cielo

Me envíe en prueba tan dura

¡Piedad! ¡ai! en mi amargura

Para mí.

Parto léjos, sí, mui léjos,

I cual triste zagalejo

Mi existencia correrá.

Si mi vida

Combatida

Se ve por crueles tormentos,

Siempre mi alma i pensamiento

Te amaré.

Oye el adios de partida,
I las notas doloridas

De tu triste trovador.
 ¡Ai! la brisa
 Con caricia
 Te traerá mis suspiros
 I los ardientes delirios
 De mi amor.

San Felipe, 1875.

INDALICIO 2.º DIAZ.

EN LA PLAYA.

A la orilla del mar, mudo, extraviado,
 No sé por qué mi apesarada mente
 El recuerdo ha evocado
 De la mujer que adoro, de mí ausente.
 No sé lo que en mí siento,
 Mas, pienso en ella, i al pensar me ajita
 Vago presentimiento
 De oscuro porvenir. . . .
 Miro las olas siempre en movimiento,
 I temo no esté así su pensamiento;
 Miro la espuma que a la playa avanza
 I que al llegar allí se torna en agua
 I mi mente se fragua
 Que esa espuma deshecha es mi esperanza.

DANIEL CALDERA.

CHARADA.

Sentóse al piano, yo al lado
 La escuchaba con anhelo;
 Tocaba . . . i al mismo cielo
 Me sentia transportado.
 Se ajitaba mi alma entera
 Al agitarse su mano
 I entre las notas del piano
 Escapóse *mi primera*.
 Manifestéle el contento
 Que embriagaba el alma mia,
 Escuchando la armonía
 Que arrancaba el instrumento.
 La dije que su semblante
 Me causaba idolatría
 I que mucho sentiría
 No mirarla a cada instante.

Gastóle tanto a mi amada
Mi segunda i mi tercera
 Que *su todo* placentera
 Obsequióme entusiasmada.

Enero de 1876.

CROSAT.

UNA HEROINA SANFELIPEÑA.

En el seno del hogar doméstico, en la familia, se dibujan mil hermosas escenas dignas de la pluma o del pincel i que muchas veces pasan desapercibidas. ¡Ora son heroismos de esforzadas luchas entre el amor i el deber, ora inimitables ejemplos del amor de una madre, de un hijo o de un amante! . . .

El hogar doméstico, como hemos dicho, es el teatro de los mas jenerosos heroismos.

Uno de éstos es el que nos proponemos describir.

Corria el año de 1814. Epoca de luto para la nacion chilena. Epoca en que Chile yacia esclavo a los piés de un ambicioso tirano. Epoca, en fin, en que el terrible tribunal de los *Talaveras*; capitaneados por el bárbaro *San Bruno*, ejercia en los habitantes la mas ominosa barbarie. En este tiempo San Felipe, como los demas pueblos de la República, fué teatro de las mas sangrientas escenas i en ese tiempo tambien dió las mas brillantes pruebas de su nunca desmentido heroismo. Era una oscura noche del citado año. Serian como las diez i en la antigua San Felipe reinaba un silencio sepulcral. Sus moradores dormian profundamente. El silencio que reinaba era solo interrumpido por el paso de uno o dos serenos que recorrian la poblacion cantando su *Ave-Maria* en lúgubre tono. En la parte sur de una de las antiguas calles de San Felipe veíase una casa de humilde apariencia, hecha a la antigua costumbre, i cuya puerta de calle permanecia entreabierta. Esto formaba un notable contraste con las puertas de las demas casas, que parecian estaban enteramente cerradas. Permítanos el lector que nos acerquemos allí, i por la puerta entreabierta oigamos una conversacion que hai en el patio de la casa. Son dos los que conversan, sentados bajo un naranjo del patio. Un jóven i una niña. El apoyado en ella, ella en él. El bizzarro, despejado i blanco, ella hermosa i pálida.

El melancólico, ella triste. Son sin duda dos amantes.

Habian callado por un momento, como dominados por una fuerte emocion.

Ella sollozaba, habiendo derramado algunas lágrimas, mas luego, reponiéndose, dice a su amante con ternura:

—¿Me amas?

—Con toda mi alma.

—¿Me amarás siempre?

—Siempre.

—¿Me olvidarás?

—Nunca.

—¡Ah! Eduardo, bien mio, gracias, gracias.

—¿I tú Matilde, alma mia, no es verdad que tambien me amas?... ¿No es verdad que tú sin mí no podrias vivir?

—¿Cómo vivir sin respirar aire? ¿cómo vivir, Eduardo, sin respirar tu amor?

—Cuanto bien me hacen tus palabras, Matilde, dijo Eduardo, ébrio de gozo; tus palabras me hacen gozar una dicha que creo se gozará solo en el cielo; tus palabras me hacen olvidar mis desgracias, me trasportan a un eden, me fascinan, me electrizan....

—¡Ah!... mi Eduardo, dijo Matilde, limpiándose una lágrima....

—¿Por qué lloras? la dice éste conmovido.

—Perdona.... lloro de felicidad.... mas ¡ah! lloro porque este feliz momento se va extinguir pronto.... tú te vas a Santiago a enrolarte en las filas patriotas, allí combatirás; quizás en ellas perezcas.... i entónces ¡oh! ¡Dios mio! que va a ser mí....

—¿I qué me importa la muerte, Matilde, si muero con tu amor, si muero amándote i bendiciéndote?

INDALICIO 2.º DIAZ.

(Concluirá.)

FOLLETIN.

LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIGINAL

POR

LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

I el indio, altivo i arrogante, levantó su cabeza i extendió una mirada airada i despreciativa por toda la choza.

Se le habria creído al frente de sus enemigos: tal era el aire de insolente desafío que expresaba esta mirada.

De súbito, se fvolvió hácia la mujer i, con tono resuelto i altanero, le dijo:

—¡Vamos! Esto es demasiado, señorita Blanca. Ud. no hablará nunca. Venga Ud. aquí en medio de nosotros; queremos ver su linda cara.

I tomando a la mujer por un brazo, la trajo medio arrastrando al círculo que formaba toda la caravana, i la sentó bruscamente sobre un banquillo de madera.

Con la violencia de este movimiento, la mantilla de la dama cayó a los piés de ésta, dejando así descubierta su figura, que, alumbrada por la rojiza vislumbre de la fogata, podia contemplarse libremente.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que la señorita Blanca Mendoza es, ni mas ni ménos, la heroina de esta leyenda, i como a tal, nos permitirán que hagamos la descripcion de su persona, con todos los detalles que su puesto de protagonista exige.

Blanca Mendoza era una mujer hermosa en toda la extension de esta palabra.

Su fisonomía, delineada con esos contornos precisos i graves de una estátua de Miguel Anjel, era dulce i melancólica.

Su cuerpo, esbelto i flexible, tenia la misma acentuacion de la fisonomía.

Magníficos cabellos negros, cayendo en desórden sobre su torneado cuello, hacian resaltar la blancura mate de su cútis fino i aterciopelado.

Sus ojos, mas negros aun que estos cabellos, estaban velados por largas i sedosas pestañas.

Sobre todo este conjunto encantador, se derramaba un indefinible colorido de profunda tristeza.

Desde luego podia asegurarse que no era la situacion presente, por mas anómala que ésta fuese, la que envolvía en esa nube a la bella jóven.

Nó; la expresion de dolor resignada i mediatubunda que contraía su rostro seductor, no podia ser sino el resultado de un sufrimiento largo i continuo.

Se conocia mui bien que no era el peligro del momento el que la hacia padecer.

Las sombras que oscurecian el semblante de Blanca venian de léjos.

Si así no hubiera sido, su desesperacion habria tenido la vehemencia i agitacion que sigue a una desgracia inesperada, que viene a herirnos en medio de la calma i la felicidad. I léjos de eso, nuestra heroina permanecia tranquila en la apariencia, tan inmóvil en su banco como en el rincon.

Un jesto desdeñoso i altivo plegaba sus labios de un corte perfecto.

Su mirada era fria i serena.

Sus preciosas manos, cruzadas sobre las rodillas, se crispaban lijeramente; siendo esta la única señal de emocion que se advertia en ella.

Parecia aguardar la resolucio[n] de su destino con cierto desden ríjido i amargo.

Este desden es inexplicable en una jóven colocada, como Blanca, al borde de un abismo.

El *¡qué me importa!* lanzado a la faz de sus infames perseguidores, se escapaba con elocuente enerjía de la actitud firme i silenciosa de la jóven.

Esta actitud era una protesta insolente contra el bárbaro destino, que la habia conducido al extremo de desafiar la horrorosa perspectiva de ser, por toda su vida, la compañera de un salvaje estúpido i feroz.

Pero, lo repetimos, el desprecio del porvenir que entraña tal protesta, es sorprendente en una niña que apenas principia a recorrer los floridos senderos de la juventud.

(Continuará.)

AMOR DESPUES DE LA MUERTE.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE.)

I.

Cualquiera creerá, al leer la relacion siguiente, que es una invencion de la fantasía del novelista o del poeta. Empero, nada es mas cierto. Los hombres expertos en las ciencias físicas pobrán talvez explicar como efectos de causas naturales los prodijios que voi a narrar; yo mismo podria explicármelos hasta cierto punto, i aun he ensayado con algun éxito algunas pruebas delante de varios amigos; pero a decir verdad, prefiero creer que los produjeron causas sobrenaturales; prefiero, i no me avergüenzo de decirlo, una supersticion piadosa i consoladora, capaz un dia de hacernos soportar con valor los mas terribles infortunios, a la verdad científica, que en cambio de un pequeño adelanto del entendimiento, nos quita tantas adoradas ilusiones del corazon.

Hace algunos años que llegaron a Milan dos jóvenes esposos, al parecer extranjeros. Mui poco despues de su llegada a la capital del reino Lombardo-Véneto, se dedicaron, el marido a hacer retratos, i la mujer a dar lecciones de música, o por mejor decir, ámbos se consagraron a la enseñanza i ejercicio de sus respectivas artes, en las cuales eran igualmente aventajados. En breve tuvieron una numerosa clientela, i como eran mui activos i se hacian pagar bien sus trabajos, no tardaron en disfrutar de una mas que decente medianía.

El marido, a quien llamaremos Carlos, estaba cada dia mas enamorado de su Julia: éste era el nombre de la jóven esposa. Véaseles siempre juntos en las horas que dedicaban a gratos paseos o apacibles distracciones, i las noches que no iban a alguno de los teatros o a cualquiera otra diversion, empleaban la velada tocando a duo, ella la arpa i él la flau-

ta, favoritos instrumentos suyos, en cuyo ejercicio habian llegado a cierta altura.

No pasó mucho tiempo sin que Carlos pudiese disponer de una suma bastante crecida para comprar una linda casita a orillas del bellísimo lago de *Como*, en la cual iban a pasar casi todas las fiestas, i la temporada de campo entera.

Por largo tiempo se habian ocupado los curiosos de Milan del misterio que rodeaba a aquellos jóvenes. La nobleza de su porte, sus corteses modales, i ese no sé qué indefinible, que sin embargo es como un sello patente que revela al traves de todos los misterios i disfraces posibles el distinguido nacimiento de las personas, inducian a los desocupados comentadores a mil conjeturas acerca de la clase i nacionalidad de los dos misteriosos artistas; pero lo cierto es que nadie supo jamas a punto fijo quienes eran ni de donde venian.

Hablaban con igual pureza casi todos los principales idiomas europeos, circunstancia que desesperaba a los investigadores, pues los jóvenes esposos podian pasar indistintamente por alemanes, franceses, ingleses o italianos; mas como todo en este mundo subladar, tuvo tambien al cabo la impertinente curiosidad de aquellas jentes, quienes cansadas de formar conjeturas sobre conjeturas, acabaron por dejar en paz a nuestros interesantes esposos.

Así vivieron aun algunos años, creciendo a la par de su fortuna i su reputacion, el mútuo cariño que se profesaban, cariño mui racional i fundado, por otra parte, puesto que era imposible encontrar una mujer mas hermosa, honesta i anjelical que Julia, ni un caballero mas cumplido i gallardo, ni un amante mas fiel i cariñoso que Carlos; pero la fatalidad, envidiosa de aquella dicha que ya duraba demasiado, atendida la inestabilidad de las cosas humanas, vino a turbarla del modo mas cruel i doloroso.

La salud de Julia comenzó a alterarse de un modo alarmante, i aunque ella luchó héroicamente por algun tiempo con el mal que minaba sordamente su vida, entregándose como de costumbre a sus diarias ocupaciones, hubo al fin de rendirse. Alarmado el tierno esposo, llamó a consulta a los mas famosos médicos de la capital, los cuales unánimemente prohibieron a la enferma entregarse a ninguna especie de trabajo, i aconsejaron a Carlos que la llevase a su casita de *Como*, en donde la tranquilidad de vida, las puras auras i la balsámica fragancia de aquellas riberas afortunadas, talvez la restablecerian, encargándose el decano de aquella docta reunion, el doctor S. . . ., que profesaba a ámbos jóvenes el cariño de un padre, de ir frecuentemente a visitar a la interesante enferma.

Cumplió Carlos religiosamente la voluntad de los médicos, trasladándose sin demora a *Como* con su adorada Julia; pero ni sus tier-

nos cuidados, ni la asidua asistencia del doctor S... , el cual empleó para salvar a Julia todos los recursos que pueden dar un vasto saber i una larga experiencia unidos a un grandísimo cariño, pudieron detener la despiadada tijera de la Parca. Al cabo de algunos meses de continuos padecimientos voló aquella alma pura a la mansion eterna, dejando a su desventurado esposo sumido en el mayor dolor. El excelente doctor S... , casi tan afligido como Carlos con aquella pérdida, pues profesaba a Julia un verdadero i paternal afecto, acompañó al desolado viudo durante el primer mes de su luto; pero reclamando su presencia diaria en Milan varios de sus enfermos, tuvo que dejarle, si bien venia frecuentemente a verle, con tanta mas razon cuanto que desde antes de la muerte de Julia habia notado en él síntomas precursores del mismo mal de que ella habia sido víctima. Obedecia Carlos maquinalmente las prescripciones del médico; oía con reconocimiento los consejos del amigo, pero ni su mal cedia, ni calmaba el pesar agudísimo que a su corazon amante laceraba.

(Concluirá.)

REVISTA DE SAN FELIPE.

Mucho tengo de que hablaros, hermosas lectoras. La semana nos ha proporcionado muchas noticias. Pero mi tema favorito será el jardín poblado de ninfas e iluminado por la luna; allí donde acude una numerosa concurrencia a aspirar el suave perfume de las flores; allí donde la brisa acaricia a mil dorados cabellos; allí, en fin, donde se ve sonreír a anjélicos semblantes iluminados por el poético resplandor de la luna de enero... Por allí tambien anda el pobre revistero a pesca de noticias, i a veces, entre las mil pintadas flores, se ve atraído por alguna vision fantástica, fascinado cual sonámbulo que no sabe darse cuenta de sí mismo. Por eso no os extrañará que el jardín sea un tema favorito

Siento grandemente que la brevedad del tiempo no me permita estenderme como habria deseado para referiros mil diálogos i escenas habidas en el jardín, i que son dignas de ser referidas en una seccion de revista.

*
* *

Con no poca consternacion i sentimiento se recibió en ésta la infausta noticia de la muerte del señor Belisario Busto i su cuñada, la señorita Sanchez, horriblemente despedazados por el tren nocturno que llega a Valparaiso a las 10 P. M.

El señor Busto era un caballero que se habia granjeado las simpatías de cuantos le conocieron en esta ciudad i que hoi lamentan su irreparable pérdida.

*
* *

Hemos recibido de Santiago la siguiente carta, la que publicamos a continuacion sin comentario alguno.

A los señores Editores de LA BRISA DE CHILE.

Señores Editores:

Poco os importe el nombre que carga el autor de estas líneas desde que vino al mundo; si él acaba de bautizarse con el humilde de "Fra Diavolo," dejadlo en paz i continuad.

He leído, señores Editores, el número primero del periódico literario que acabais de fundar i rejentais con buen principio. Esa lectura me ha proporcionado un buen rato (la palabra no es castiza, pero es española), pues veo que la ciudad que fué de los hombres de fierro, se prepara para ser la patria de los hombres de espíritu. Esto es progresar, i porque se progresa, me alegro. I no tomeis a mal mi sentimiento. Soi talvez el último de los soldados que combaten en el campo de las letras; pero porque sol el último, ¿no podré una vez siquiera fijar con exactitud la puntería?— Para conseguir esto, camino, i, desde luego, os pido un sitio en vuestro periódico donde establecer mi tienda de guerra. Si os place, publicad el ensayo que va en seguida. Observad—en el próximo domingo—que accedeis a mi deseo, será lo suficiente para que semana por semana recibais mi visita.

No se atreve a molestaros mas, señores Editores, vuestro mui atento i real servidor—
FRA DIAVOLO.

A UN NIÑO RECIEN NACIDO.

¡Quién creyera jamas que tu alma pura
Fuese ya presa cruel de la amargura!
¿Por qué extraño misterio
Lloramos con dolor al ver el mundo,
I con dolor profundo
Lloramos al pasar al cementerio?
¡Niño! lágrimas broten de tus ojos
Que esta vida es un campo harto de abrojos!
Santiago, 1875.

FRA DIAVOLO.

*
* *

Una grata nueva tenemos que comunicar al pueblo aconcaguino: i es la que el inspirado vate señor José Antonio Soffia ha publicado sus poesías en un volumen de 450 pájinas, impresas en la imprenta de *La República*.

Feliz idea es la que realizó el señor Soffia en provecho de la juventud chilena.

El autor del bello canto "A Aconcagua" lanza hoi al público un ramillete de flores de aroma embriagador, con su volumen de poesías, con el que enriquece a nuestra literatura nacional.

Han llegado a ésta unos cuantos ejemplares de las poesías del señor Soffia, los que se encuentran a disposicion del público en la oficina de nuestro periódico.

VICENTILLO QUITAPESARES.